

Ad imo pectore:

Era una medida arrebatadora pero arrebatadores se habían pronunciado los hechos, mi prima pequeña se había suicidado y no se había hecho nada, excepto eso sí, cambiarla de instituto, como si ella fuera portadora de alguna enfermedad infecciosa, como si estuviera loca de atar y simplemente había amenazado con quitarse la vida varias veces porque se lo había aconsejado el perro de los cereales.

Gracias a que con su suicidio había captado el voluble foco de atención de los medios se tomó la medida de que en su velatorio los abusones que la habían torturado psicológicamente desempeñaran la labor de paladines del evento. Esta decisión fue criticada por los más conservadores, apelando a la naturaleza pueril e inocente de sus acosadores o a una inmerecida crueldad. Debe de ser que yo como soy familiar no soy imparcial, es más, lo considero el justo reflejo de un retorcido espejo, al fin y al cabo, quien siembra vientos recoge tempestades y considero muchísimo más injusto que por el simple, nimio, mero hecho de existir se te muestre esa máscara perentoria de la condición humana que es el odio y su consiguiente ostracismo.

El día de su funeral, los allegados podían ver el cuerpo, visitar a la familia y despedirse del irrefutable cadáver de mi prima. El sitio abría a las 10 de la mañana, tenía un horario alternativo debido a que tenían que transportar el cuerpo desde el hospital hasta el tanatorio, y cerraba a las 22:30.

Nada más llegar vi a mi tía, que no era una persona mayor pero de tanto llanto, tanta pastilla, antidepresivos, relajantes y el suceso de que no había dormido en días, le daban un aspecto masacrado, como de plátano aporreado, sus ojos habían perdido su brillo, el cual nunca le retornaría, ese fulgor casi místico abandonó esta arenosa tierra a la misma vez que mi prima Julia nos dejó para no volver jamás.

Ciego de ira

Las paredes de la sala eran de un tono grasientamente gris, lo que concluí que era muy coherente con la situación. Mi atención bailaba con la misma cadencia con la que Caronte conduce su barca... Pero algo hizo que se endemoniado vaivén cesara, en el fondo de la insidiosa habitación pude ver cuatro bultos que afloraban en un pequeño sofá negro. Al principio los confundí con una corona de flores de rosas negras, modificadas genéticamente, pero mis ojos advirtieron que los tallos de estas nocturnas rosas no eran verdes ni de algún otro color que yo identificara vegetal, eran de un color rosado pálido, si acaso dudaba de la naturaleza de mis visiones, un tímido movimiento de la masa me reveló su naturaleza de hijos de Adán.

- Hola, tía. Lamento en el alma lo que le ha sucedido a Julia, el cielo debería llorar de vergüenza- .Mi tía no me contestó, dedicó sus exiguos esfuerzos a mirarme como un perro apaleado, como un ciego que cae por las escaleras, no sabe de dónde ha aparecido tan fortuito dolor e inocente y dolorido intenta proseguir su larga marcha.
- ¿Quiénes son esos?- le pregunté inocentemente a mi tía, medio embriagada por la mefítica mezcla de incienso y el aroma de sus ropajes.

La cara de mi tía enrojeció, sus facciones se pusieron tensas y con un gemido escupió:

- LOS ACOSADORES DE TU PRIMA.

No le dije nada porque no sabía qué decirle pero intercambiamos una honda mirada antes de que se pusiera a llorar y con el pretexto de tomar un café se fuera a buscar a mi tío.

Me quedé yo sola en el velatorio, vez que aproveché para acercarme a su ataúd y despedirme de ella. Aun me acuerdo de su sonrisa cuando llovía en verano o de cómo tocaba el piano o la vez aquella que me había tocado en el amigo invisible y por

Ciego de ira

despiste le había regalado unos pantalones de hombre... La rabia me invadió unos instantes y me dirigió al sofá donde se juntaban como insultantes hormigas los burladores de mi prima.

- Bueno- carraspeé- ¿No os vais a presentar?- pregunté con voz de terciopelo, como si tuviera un funesto jersey en la garganta.-A ver, para que os sea más fácil, levantad la mano si habéis hecho lo que nombro.
- ¿Quién la llamaba gorda?- Nadie alzó su mano.
- ¿Quién se rió de su peinado?
- ¿Quién le puso ese apodo?- Un niño empezó a llorar, todos miraban al suelo.
Por último los miré y les dije: ¿Quién dijo que era una mierda solitaria y sin amigos?
- Espero que no olvidéis este momento en vuestra vida, que nunca podáis pegar ojo y que os atormente este día apareciendo en vuestras oscuras pesadillas tantas veces como sea posible.

Mi tía y mi tío volvieron de la cafetería, le presenté las condolencias a mi tío y ahí lo dejé con aquel simposio circense, un pasaje digno del tenebrismo en la obra de Francisco de Goya.